«Algo debió salir mal. No se suponía que las cosas ocurrieran así», pensó, mientras trataba de recuperarse de la patada en la cara que lo había lanzado sobre unos botes de basura. El pateador, maldiciendo, volvía a abalanzarse sobre él, con la intención de golpearlo una vez más. Él trataba de gritar, de responderle, pero no podía. La lengua le pesaba y se le salía involuntariamente de la boca. Por un momento, pensó que había sido víctima de alguna droga, pues en vez de palabras producía solamente un ruido gutural, que se escapaba junto con la saliva por los rebordes de la boca, demasiado vasta y extraña para ser la suya. «¡Basta!», creyó gritar, aterrado, y lo que salió de su garganta fue una especie de aullido.

¿Por qué se encontraba en ese callejón, entre la basura, maltratado de ese modo brutal? ¿Había caído tan bajo? Ciertamente, su vida había sido desordenada y prolífera en vicios, pero nunca se había visto en una condición tan mísera.

Él había hecho grandes esfuerzos por redimirse: logró alejarse de los rufianes de los que se había rodeado en su juventud, en un intento por ascender a un grado superior de espiritualidad y lograr paz interior. Comenzó el estudio de los textos sagrados hindúes, las *Upanishad* y el *Bhagavad Gita*. Incluso, practicó yoga, como parte de su cruzada personal de redención y purificación del alma. Sin embargo, en lugar de recibir un premio por haber superado tantos obstáculos, era víctima de un acto despreciable.